

SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo IX después de Pentecostés

**Para agradar al Señor
y para dar buen ejemplo,
guarda respeto en el templo,
y en él ora con fervor.**



Mi casa es casa de oración

parecen serle fieles, cuando acuden a su casa van a insultarle más bien que a desagraviarle por las ofensas de los otros?

Observad las iglesias más concurridas, y ¿qué veréis en ellas muchas veces? Lujos inmoderados, modas indecorosas, cabeza levantada, mirada inquieta, parlerías, posturas indecentes, y nada, absolutamente nada, de fervorosa oración, que es lo que ha de hacerse en el templo.

Dice el P. Séñeri: «Cuando se muestra alguna imagen muy venerable de la Santísima Virgen, concurren de todas partes a la iglesia tropas de mujeres; y si les preguntáis a dónde van, responden libremente: a ver a nuestra Señora,

que se descubre hoy. Mas no es verdad. El traje las desmiente; porque no es aquel porte de quien pretende ver a la Madre de Dios, mas de quien pretende ser vista de los hijos de los hombres».

No lo hagáis vosotros así, carísimos lectores y lectoras.

El Evangelio es del capítulo XIX de S. Lucas, y relata cómo Jesús al acercarse a Jerusalén lloró sobre ella y predijo los grandes castigos y la destrucción que iba a sufrir, por no haber conocido el día de su visita. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. ¡Ojalá fueran sólo los judíos los que profanaban el templo de Dios! Pero desgraciadamente hacen lo mismo muchos cristianos.

Gran desconsuelo es ver nuestros templos desiertos, al mismo tiempo que se ven llenos los teatros, los cines, los campos de fútbol y todos los centros de recreo. Gran disgusto han de dar a Jesucristo estos mentidos cristianos que así le abandonan en la soledad de su sagrario.

Mas ¿cuál será el desconsuelo de este divino Prisionero cuando contempla que los pocos que concurren al redil, los pocos que

Carta de un excomunista

Mucho más que el mejor artículo apologético que nosotros escribiéramos creemos que influirá en el ánimo de tantos extraviados la siguiente carta, que hace una temporada publicó la prensa.

Un poco de historia

La situación de la clase obrera española en estos últimos años ha pasado por una época de agitaciones sin cuento que impelían a muchos a las filas de las organizaciones extremas, pensando que en ellas iban a encontrar remedio sus calamidades, satisfacción sus inquietudes y estímulos sus entusiasmos.

Uno de tantos jóvenes, lanzados prematuramente al ajetreo de la vida, con unas ansias locas de superación, prendieron pronto en mi inquieto cerebro las fórmulas fáciles, elaboradas para una simple digestión de las ideas comunistas.

Entregado por completo a la organización, iba adquiriendo poco a poco experiencia de la lucha social, tan ruda, y según me adiestraba en los pormenores y recovecos de la actuación pública y sindical, iba al mismo tiempo sufriendo desengaños, los que achacaba a los hombres. Pero hoy no. Hoy sé, estoy completamente convencido de que la causa de ellos son las ideas.

Toda organización, para existir, necesita un ideal, un programa, una base. Cuando esta base no está en un contenido moral elevado, cuando en lugar de sentimientos de solidaridad, de amor, de sacrificio, ofrece como postulados sentimientos de odio, de lucha, de venganza, de interés puramente material, esta organización forzosamente es terreno abonado a todos los vientos, semillero de todas rebeldías y cama propicia a todas las pestes.

En estos instantes recuerdo con pena las horas pasadas. Tiempo perdido en renegar de aquello que es nuestra propia vida, de aquello sin lo cual no existiríamos, de aquello que es todo en sí: de Dios. ¡Cuántos sacrificios perjudiciales! ¡Cuántos esfuerzos perdidos tras de la verdad, y la verdad no estaba allí!

La verdad, la única verdad existente está en las doctrinas de Jesús, todo amor, todo humildad, todo corazón con sus mismos ene-

migos. ¡Cuán distinto estaría el mundo, si no se hubiera apartado de estas doctrinas!

Reto a los que han cooperado conmigo

Hoy reto a todos aquellos que me conocen, a todos aquellos que han cooperado conmigo en el error, a discutir.

Primero: La existencia de Dios.

Segundo: La falsedad de la religión Católica.

Tercero: La condenación de la propiedad privada.

Cuarto: La conveniencia de la lucha de clases.

Sé que esta rectificación de mi pasado, que esta retractación pública me costará insidias, insultos, calumnias y todo cuanto es capaz de arrojar un corazón materialista; pero no me detengo. La obligación de los que comprendemos el error es rectificarlo, y no sólo teóricamente, sino en la práctica, en la vida cotidiana, en todos los problemas actuales.

«Mucho se exigirá al que mucho se le ha dado». «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborrece a Mí».

Estas palabras de nuestro Divino Maestro hemos de tenerlas muy presentes los católicos, y ellas son el mejor exponente de lo que hemos de hacer.

En cualquier terreno nos encontraremos

Me dirijo principalmente a todos aquellos que todavía están fascinados y sojuzgados por los mercaderes de la política, y les digo, reflexionad, pensad por vosotros mismos, estudiad vuestro fondo, y tengo la seguridad de que encontraréis la luz.

Una luz de aurora celestial que envolverá vuestras almas y satisfará vuestras inquietudes. Ese día tened presente vuestro deber y también la seguridad de que seré vuestro leal compañero, como antes lo fuí.

Pero si os obstináis, si pretendéis incluso realizar algunas de vuestras acciones alevosas, sabed también que en cualquier terreno nos encontraremos.

Y ahora a mis nuevos compañeros de los Sindicatos Obreros Católicos: ¡Salud ami-

gos! ¡Salud, verdaderos y esforzados camaradas! Con la ayuda de Dios contad con mi pobre e inútil persona para los fines de la organización.

Enrique MATORRA.
Ex director del Comité Central de Juventudes Comunistas.

Entereza cristiana

Un joven de catorce años hallábase empleado en una importante fábrica de París, cuyo dueño no tenía más Dios que el dinero. El, en cambio, era muy piadoso y comulgaba todos los domingos, siendo con tal motivo objeto de las befas de sus compañeros de trabajo y del dueño de la fábrica, el cual, para impedirle que comulgase, le ofrecía con frecuencia el domingo por la mañana alguna cosa de comer, sin lograr lo que con tan mala intención se proponía.

Una vez le molestó la negativa del joven, y le dijo entre enfadado y burlón:—Vete, vete a comer con tu Dios.



Herido en sus sentimientos religiosos, al oír aquella blasfemia, el joven, mirando a su amo impío con los ojos humedecidos por lágrimas de santa indignación replicó:—Hasta la última gota de mi sangre daría yo por tener la dicha de poder recibir a mi Dios todos los días. Y conmovido, marchóse a la iglesia, a pedir sin duda a Dios que perdonase a quien sin conocerle le ofendía groseramente.

Al día siguiente llamóle la mujer del fabricante, y le dijo:—Amigo mío, vuestra frase de ayer ha producido tal efecto en mi marido, que estoy segura no ha de tardar en volver a Dios, a quien desde la juventud tiene olvidado.

Dos horas después, el fabricante conducía a su joven empleado adonde se encontraban todos los obreros de la fábrica, y les decía:—Desde este momento tenéis que respetar a este muchacho, que colocó el primero entre vosotros y que me representará cuando me halle ausente; jóvenes valerosos como éste no se encuentran en todas partes.

El miércoles, fiesta de Santiago, Patrón de España, obliga bajo pecado mortal oír misa y no trabajar.

La España de Santiago

Quando en los siglos de tenaz campaña, ébrias de sangre, de soberbia llenas, las animosas armas agarenas, invadían los términos de España: cuando con patrio celo y justa saña las huestes de Castilla, al miedo ajenas, derramaban la sangre de sus venas por oponerse a la invasión extraña; cuando el feroz musulín, tras cruentas lides vió embotados y rotos sus aceros y muertos sus robustos adalides, si el pueblo hispano se cubrió de gloria fué porque dió Santiago a sus guerreros el valor, la constancia y la victoria.

ANUNCIOS

Fábrica de jabones espumosos

Su uso está muy generalizado en todos los pueblos y ciudades. Únicamente no se emplea esta marca en los púlpitos y confesonarios, en los que se confiere esta otra patentada *La verdad*, muy semejante por su aspereza a la lejía, pero libre de toda mezcla o adulteración que pudiera perjudicar a la salud espiritual del cliente.

Figurines

Se empieza a ver por las calles en la época de calor. Lo que más llama la atención es la miseria a que han quedado reducidas algunas familias, que no tienen ropa suficiente para sus hijas.

